

Buenos Aires, Argentina *(Un año atrás)*

Laura lleva tres días en la ciudad de Buenos Aires; viajó para ver el estreno de una obra de teatro de una amiga actriz. Siempre, cuando tiene estreno de alguna obra, invita a Laura, quien feliz viaja con el pretexto de visitar a su amiga y aprovecha su estadía para comprar algunos libros, ir a galerías de arte interesantes y pasear por el barrio la Recoleta, uno de sus barrios preferidos.

La obra de María José fue de su agrado, aunque no es la que más le ha gustado de todas las que ha visto de su amiga. El director es chileno, un tipo joven y con mucho talento, que se cansó de Chile y se vino a vivir hace un par de años a Argentina. El resto del elenco son actrices argentinas, dos de Rosario, una de Mendoza y María José, que es porteña. La obra se llamaba *Suspendidas* y era una burla al sistema de educación de Chile, sistema educativo que nació bajo la dictadura militar y que hasta hoy se mantiene. Entonces juegan con el sistema un tanto “dictatorial” del típico liceo de niñas ubicado en una comuna del gran Santiago.

A Laura le encanta este director por muchas razones, una de ellas es por la crítica social que siempre tienen sus obras, donde le agrega un toque de sátira, logrando hacer reír de forma inteligente al público, un humor ácido y crítico más parecido al británico que al chileno.

Después de la obra vino la celebración por el estreno, Laura está esperando sentada afuera del pequeño teatro a que salga su amiga para ir a un bar en las cercanías.

—¿Te agradó la obra, Lau?

—No me gustó, me encantó y tú estuviste de maravi-

llas; cool tu personaje de liceana loca de patio.

—A mi me fascina, aunque esta obra prefiero hacerla en Chile, el contexto, los uniformes y todo es del otro lado de la cordillera, pero Iván insistió en adaptarla a la Argentina. Encuentro que ciertas cosas son difíciles de adaptar, por mucho que ambos hayamos tenido dictaduras y todo, no nos hace iguales de ningún modo. Pero ahora que me decís que quedó bien, estoy más tranquila, sé que sos sincera.

—Quedó bien, de verdad, si fuera una mierda no tendría pelos en la lengua ni en ninguna parte para decírtelo.

—¿Cómo va todo por Chile, como lo está haciendo su nueva presidenta? Acá ella es un verdadero hit, estos boludos empapelaron toda la 9 de Julio con la cara de tu presi, si incluso se habla que acá también saldrá una mujer, la mujer de Kirchner. ¿Un poco de lo mismo, no?, pero mejor que sea una de las nuestras, nos estamos tomando Sudamérica de a poco.

—Ni mierda de política Jose, hablemos de cosas más interesantes, ¿cómo has estado tú, cómo te fue con lo del chico que me escribiste el mes pasado?

—Ni mierda de chicos, menos de ese boludo pasado a leche, hablemos mejor de música, hay un concierto de Cerati este fin de semana, podríamos ir, no me gusta mucho y sé que a vos tampoco, pero irán los de la Compañía y creo que lo pasaremos bien, además toca en un lugar re tranqui, una especie de *Hard Rock Café*, para que te hagas una idea.

—No creo, amiga, primero porque Cerati no me mueve nada, y además tengo pasaje para el viernes por la mañana, así que tendría que postergarlo. ¿Dónde vamos a beber esta noche?

—¿Tenés un porro, Lau?, muero por uno.

—Sí, obvio. me costó conseguir, pero al final hice un contacto con la vieja rancia de mi hotel, es una vieja de verdad muy turbia.

—Vamos a ese callejón, ahí podremos fumar tranquilas, luego nos juntamos en un bar del barrio La Recoleta con Iván y las demás; te caerán bien, a él ya lo conocés.

—Sí, lo conozco, es simpático, un poco engreído, pero simpático. Para ser hombre no está nada de mal.

—¿Ahora te gustan los hombres, Lau? Pendeja trolaja, no me lo habías contado.

—No me gustan, pero él tiene algo, podría caer si me dijera las palabras precisas.

—¿Y cuáles serían esas palabras precisas?

—¿Follemos? Pero los chilenos son tan buenos para hablar, ya sabes, te quieren contar su vida y que les cuentes la tuya, todo por un maldito follón, como si les interesaras de algo.

—Que palabra más putrefacta, utilizá una más delicada, acá decimos mojar o fuchicar, por último chingar, a lo mero mero, es un poco más tierno, ¿no creés? Te hizo re mal ese tiempo en Madrid, Lau, recordá que sos una puta sudaca, como yo y como todos los putas sudacas que te rodean.

Luego de fumarse el porro en un oscuro callejón cercano a Corrientes, Laura y su amiga toman un taxi que las llevará hacia el barrio de la Recoleta donde se juntan con el resto de la Compañía. Una vez allí Laura felicita una a una a las actrices. Laura estaba al tanto que ninguna de ellas era gay, su amiga ya se lo había advertido, entonces no pierde el tiempo en intentar algo, aunque ganas no le faltaban. Con el director fue con el que más conversó; tenían algunos amigos y también gustos en común. Terminaron hablando de Pessoa, ya que Laura le comentó

que era su escritor favorito, el director le confidenció que su sueño era hacer una obra basada en uno de los tantos episodios de *El libro del desasosiego*, lo venía planeando hacía años, en ella quería meter a todos sus heterónimos como personajes, los que se encontraban una noche en un bar de Lisboa y comenzaban a discutir sobre su obra.

Cuando terminó de hablar con el director fue a buscar a su amiga, que para variar estaba charlando con un tipo apuesto en una esquina del bar. Era un uruguayo que había conocido hacía pocos minutos y no la quiso interrumpir, además, estaba un poco cansada. Se fue a la barra y bebió el último vodka de la noche. Intercambió también algunas palabras con la bar-woman, pero se dio cuenta a la primera palabra que era hetero, como todos en este aburrido bar, pensó. Entonces decidió marcharse a su hotel sin despedirse de su amiga para no arruinarle el panorama, ya al parecer estaba entusiasmada con el uruguayo.

Sube a un taxi y le dice al conductor que la deje en la esquina de la 9 de Julio con Av. de Mayo para comprar cigarrillos antes de marcharse a dormir. Laura ama la noche bonaerense, más activa que el día, llena de gente, de luces y de bares abiertos hasta altas horas de la noche.

Luego de comprar dos paquetes de cigarrillos se dirige a su hotel a pocos pasos de la Avenida 9 de Julio. Es una delicia estar en esta avenida a estas horas de la noche, piensa Laura, mientras observa todas las luces que a esa hora iluminan hasta la saciedad la ciudad, las luces de los edificios y de los autos que convergen en el obelisco, que asemeja un faro que en vez de iluminar, es iluminado por todos, un ombligo egocéntrico erguido como el número uno de los porteños.

Una calle antes de llegar, enciende un porro para

dormir plácidamente. Cuando llega a la puerta del hotel toca el timbre, pero no le abren de inmediato; el recepcionista, un hombre calvo de singular apariencia, se encontraba durmiendo. Al tercer llamado despierta y le abre la puerta. Laura apenas lo saluda, al tipo no le quedan ni fuerzas para disculparse y luego sigue durmiendo. El hotel es muy antiguo, con una gran escalera de mármol en forma de caracol, mal iluminada, que recorre todos los pisos, y un ascensor con puertas de rejas al centro de la escalera. Laura prefiere subir por las escaleras porque no confía en los ascensores antiguos, menos en ese que parece sacado de una película de terror.

Su habitación está en el sexto piso; cuando va por el tercero observa los pasillos totalmente oscuros para ver si hay alguien cerca, al no ver a nadie saca de su bolsillo lo que le quedaba del porro y lo prende. Mientras asciende le parece sentir a alguien cerca, pero la oscuridad no la deja ver más allá de tres metros. Sigue subiendo hasta que se topa repentinamente de frente con una mujer que fumaba sentada en los escalones. Es una mujer en ropa interior, que le pide si le puede convidar un poco de porro. Cuando su figura fue alcanzada por los rayos de un pequeño foco que iluminaba el lúgubre pasillo, Laura pudo observar su rostro, es de verdad hermosa, piensa. Laura le convida un poco y comienzan una breve plática, intercambian algunas palabras y se percatan que ambas son chilenas. Laura, que ya venía un poco tocada por el porro y los vodkas, sin pensarlo se abalanza sobre la chica y le da un beso en el cuello, luego el beso se traslada hacia su oreja y al rato ambas comienzan a acariciarse. La escalera es testigo de un acto lésbico descontrolado y fugaz. Ahora sólo se escuchan leves quejidos en tonos agudos, Laura comienza a besarle los pechos y luego baja

— | | —

hasta la entrepierna de la muchacha desconocida, la mujer después hace lo mismo con ella. Sus labios gruesos la enloquecen. Escuchan que alguien viene subiendo la escalera y se largan a la habitación para continuar el affair.

A la mañana siguiente Laura se despierta con la luz del sol que atravesaba las antiguas persianas amarillas. Cuando se da cuenta que no está en su habitación le parece raro, no logra recordar casi nada. A su lado está una mujer muy guapa —piensa— pero no puede revivir los sucesos de la noche anterior. De a poco comienza a recordar todo y también de cómo había llegado hasta ahí. Era la chica con que se había topado en las escaleras del hotel y ahora estaba metida en su cama. La observa bien, su cuerpo desnudo sobre la cama es perfecto.

Piensa en marcharse a su habitación sin despertar a su acompañante. Luego reflexiona en que están en el mismo hotel, entonces con seguridad se verán nuevamente, ya es muy tarde para escapar. Mientras pensaba, su compañera de cama abre un ojo, le cuesta despertar del todo. Lo primero que hace es darle un beso a Laura en la boca, luego le toca la pierna con su mano para desplazarla y a los pocos minutos están tirando nuevamente.

Después de un agitado despertar, Laura busca sus cigarros y su compañera le pide uno. Hablan de la noche anterior, de dónde eran y qué hacían en Buenos Aires. La hermosa mujer se llama Pilar y es de Valparaíso, está en Buenos Aires para ver el concierto de Gustavo Cerati el fin de semana y para juntarse con unos amigos chilenos que estudian en la Universidad de Belgrano.

—¿Te gustaría acompañarme al concierto? —le pregunta Pilar repentinamente.

Laura le miente diciéndole que le gustaba mucho Cerati, pero lo que en verdad le gustaban eran los labios

de aquella hermosa y sensual mujer.

–Tengo la entrada de mi novio, por si quieres ir –le dice Pilar. El muy hijo de puta me dejó plantada en Buenos Aires; nos íbamos a encontrar ayer en este puto hotel, pero no llegó. De seguro me engañó con su ex.

–¿Entonces no eres gay?– le pregunta Laura.

–Primera vez que me acuesto con una mujer, de verdad nunca pensé que fuese tan delicioso, de haberlo sabido lo hubiera hecho antes –le dice con una sonrisa casi diabólica.

–¿Entonces por qué te metiste conmigo?

–Estaba muy oscuro, no hablamos, sólo te pedí fumar un poco, luego recuerdo que te acercaste y cuando me percaté que no eras un hombre ya estaba demasiado caliente.

Esta respuesta desconcierta a Laura, que a estas alturas no entiende nada, pero le gusta esa sensación de vértigo y de no saber qué diablos sucederá después. Luego de charlar un poco más se ponen de acuerdo para ir a tomar desayuno juntas.

–Quiero ir a una librería a buscar un libro de mi escritor favorito, Fernando Pessoa –le dice Laura.

–Es primera vez que lo oigo nombrar –le responde Pilar– ¿es argentino?

–No, portugués.

–Ya, feliz te acompaño a la librería –dice Pilar– también voy a aprovechar de ver algo que me guste a mí.

Laura se marcha a su habitación y quedan en juntarse a la salida del hotel en una hora más. Desayunan en un café cercano y luego se marchan a la librería.

En el barrio Avellaneda encuentran una atractiva librería que era atendida –al parecer– por la misma dueña, una señora muy jovial de unos ochenta años de edad.

Laura se acerca y le dice que está buscando *El libro del desasosiego* de Fernando Pessoa.

–Sí, lo tengo –contesta la señora– incluso me quedan dos ediciones, una de portada negra, muy gordo y de formato más bien reducido, el otro de portada blanca, más vertical y un tanto más delgado que el primero.

Mientras Laura está en la sección de narrativa extranjera, Pilar se fue en búsqueda de literatura nacional. Mientras revisaba a los autores argentinos la librera pasó por detrás de ella y le preguntó si buscaba algún autor en especial.

–Quiero leer a algo de literatura contemporánea, pero no conozco mucho de autores argentinos –le responde Pilar.

–Pues tienes bastante donde elegir. Te recomiendo Osvaldo Lamborghini, Juan José Saer, Ricardo Piglia o Manuel Puig. Soriano también te puede interesar, por la otra franja está el gran Roberto Arlt, aunque dudo que te guste, demasiado porteño para vos.

La librera no ve para nada convencida a Pilar y sagazmente le pregunta: –Decíme, ¿qué querés leer, qué es lo que te gustaría encontrar en un libro en estos momentos?

Pilar la mira y le responde:

–Deseo algo completamente diferente a todo lo que haya leído anteriormente, un escritor original, lunático y a la vez lúdico y que no repita el esquema en cada uno de sus libros.

La librera se sonríe y le dice: –Pues el autor que buscás está en el principio del estante, en la letra A.

Se acercan y le entrega dos libros del autor César Aira, el primero es *El mago*, el otro es *El congreso de literatura*. Consecutivamente le habla sobre los argumentos de cada novela, mientras Pilar la escucha atentamente.

—El primero —le cuenta— es sobre un mago que de verdad tenía la capacidad de hacer magia, y sin embargo, era un mago fracasado ya que no tenía la suficiente imaginación para deslumbrar al público. El segundo, en cambio, es la historia de un científico loco que asiste a un congreso de literatura con el objetivo de clonar a un escritor mexicano y así poder dominar al mundo con un ejército de intelectuales.

Pilar queda asombrada al escuchar ambos relatos y compra las dos novelas de Aira. Antes de ir a pagar se detiene en el sector de poesía argentina y observa un pequeño libro de portada sobria, pero llamativa. Eran las obras completas de Alejandra Pizarnik; siente una extraña atracción hacia él, lo abre en la página número 51 y lee en voz baja brevemente unos versos.

*La vida juega en la plaza
con el ser que nunca fui*

La librera, que estaba marchando hacia la caja, detiene su andar al escuchar estos versos y sin darse vuelta le dice a Pilar:

—Alejandra Pizarnik es una de nuestras mejores poetas, murió joven, se suicidó a la edad de 36 años. Cercana a la edad que murió Rimbaud. Los verdaderos poetas no viven mucho tiempo entre nosotros; su obra, en cambio, es la que perdura, no sus cuerpos —comenta la anciana mujer y se retira hacia donde estaba su silla. Pareciera que haber escuchado aquellos versos le hubiesen traído una tristeza imborrable.

Después de unos minutos de silencio, la anciana se dirige hacia donde está Pilar, que continúa revisando uno por uno los libros de Pessoa.

—Tengo miles de títulos en mi librería, como miles

de autores y tú sólo te fijás en los libros de Pessoa, no me deja de cautivar tu interés por ellos –le dice la librera a Laura con una sonrisa amable y desprovista cualquier interés comercial, y prosigue–: verás, Pessoa era el autor favorito de mi difunto padre, el fundador de esta librería. Mi padre, un judío proveniente de la antigua Rusia, fundó esta librería allá por los años 20, cuando Argentina no era lo mismo que hoy en día, en ese entonces se leía, pero se leía de verdad, no basura, además éramos mirados con respeto por todo el mundo, ahora nada más queda. En la caída económica, política y social, nosotros los librereros poco y nada podemos hacer, pero sí podemos luchar porque no caiga la buena literatura. Pocos somos los que nos negamos a naufragar en las aguas de la mala literatura. Como verán –ahora se une Pilar a la conversación– en esta tienda no entra mucha gente, ya que no vendo los títulos que están de moda. Los del barrio, por ejemplo, saben que aquí pueden encontrar autores clásicos y también títulos nuevos, pero de buenos escritores, sean argentinos o extranjeros. Mi tienda aún sobrevive, pero más que nada por los clientes de antaño, gracias a ellos es que puedo continuar con la labor de mi padre, pero les diré que cada día se me hace más difícil. Me emociona entonces ver que una joven se interese por los libros de Fernando Pessoa; recuerdo que mi padre los acomodaba siempre en ese mismo lugar.

La librera, emocionada por recordar brevemente a su padre, les dice que en la bodega tiene un verdadero tesoro y que si ambas andan con algo de tiempo, encantada se los enseña. Laura y Pilar le dicen que con gusto, ambas sintieron mucha curiosidad al escuchar las palabras de la anciana.

–Espérenme un momento –les pide la librera, y len-

tamente se desplaza hasta el mesón donde atendía y desde un viejo cajón saca unas llaves, luego cambia el cartel de la tienda de “abierto” a “cerrado”. Les señala con la mano que la sigan hacia el fondo, acción que las dos nuevas amigas siguen al pie de la letra y sin hacer ruido, como si estuvieran a punto de descubrir algo de verdad sorprendente. Llegan al sótano de la librería; el olor a libro antiguo, polvo y naftalina brota por todos los rincones. Hay muchos más libros que en la superficie, piensa Laura al ver los estantes repletos de obras, que llegan hasta el techo. Más que un sótano parece un verdadero museo de libros antiguos.

–Esta es la biblioteca personal de mi padre, todos los libros que recopiló durante su vida, la mayoría los adquirió en sus viajes por Europa, en los cuales siempre compraba tres ejemplares de cada libro que obtenía, uno iba a su colección, mientras que los otros dos eran para la librería que soñaba tener cuando volviera a la Argentina, librería que acaban de conocer hace algunos minutos. Todos estos libros que ven en ese estante son primeras ediciones, todos en su idioma original. Él decía siempre que una buena lectura sólo se aprecia bien cuando se lee en su versión original; no le agradaban para nada las traducciones, por esta razón su vida la dedicó a aprender diferentes lenguas. Eso y comprar libros, como pueden ver. Cuando me muera no se qué pasará con todo esto, no sé a las manos de quién irá a parar.

–Algún heredero de seguro habrá por ahí –comenta Pilar.

–No hay ninguno, querida –le responde la librera con la voz resquebrajada–, yo soy la última de la familia, mi padre sólo me tuvo a mí y yo no tuve hijos, estos fueron mis únicos hijos.

Laura y Pilar están completamente asombradas con este sitio donde existen primeras ediciones de tantas obras. El lugar es un verdadero templo del libro antiguo, y tal como dice la anciana, no tiene precio lo que hay entre estas paredes. Mientras Pilar y Laura se miran ensimismadas por el gran hallazgo que presencian, la librera acomoda una antigua escalera para llegar hasta el punto más alto de uno de los estantes y se apronta a subir,

–Si desea, subo yo –le dice Laura–, me da miedo que resbale o pierda el equilibrio estando en lo alto.

–Buena idea, ya no estoy en edad para estas cosas– le responde la anciana, dándole unas instrucciones–. Subí hasta llegar al último nivel, ahí le digo qué es lo que tenés que buscar.

Laura le hace caso y comienza a subir por la vieja escalera de madera, que relincha como un caballo a cada escalón. Cuando llega arriba siente un poco de temor, ya que la madera no está en muy buenas condiciones.

–Allí, entre las enciclopedias Larousse existe una antigua revista forrada en una cubierta de plástico –le dice la anciana–, tomála con mucho cuidado y bajá lentamente.

A Laura le cuesta encontrar la revista, pero después de remover una a una las grandes enciclopedias, que por cierto están con mucho polvo, logra encontrarla. Cuando la saca muy suavemente, lee en su portada en una tipografía que se nota muy antigua, el título *Orpheu* y algunos titulares en portugués. Luego comienza a bajar por la escalera hasta llegar donde la esperaban Pilar y la librera.

–Este es uno de los pocos ejemplares que se conservan de la revista fundada por Fernando Pessoa y Mário de Sá–Carneiro junto a otros poetas de Lisboa el año 1915. Fue la primera publicación de vanguardia en Portugal, y gracias a ella se logró difundir el modernismo entre los

jóvenes de la época. Era uno de los tesoros más grandes de mi padre y ahora, después de tantos años, la vuelvo a hojear, intacta y en el mismo lugar que él la dejó.

Laura no cree lo que estaba presenciando, es uno de los más grandes vestigios pessoanos que podía ver en su vida. Las páginas están algo amarillentas por el paso del tiempo, pero el papel se encuentra en perfectas condiciones. Le saca el forro de plástico que la cubre y comienza a hojearla; en su interior hay poemas de Pessoa y de otros poetas que ella no conoce.

La librera observa cómo se iluminan los ojos a esa joven chilena, cosa que la colma de gusto y luego le dice:

–En poco tiempo más moriré, y los tesoros que guarda este lugar serán seguramente rematados, robados o vendidos por migajas; en el mejor de los casos se rescatarán algunos y serán llevados a algún museo, pero conociendo cómo funcionan las cosas en mi país, eso lo dudo demasiado. Tomá este tesoro y conserválo para ti, no le digas a nadie que te lo di yo, ni siquiera menciones que lo tienes, si es que no quieres que llegue el día que te lo requise la Fundación de Pessoa o algún museo de Lisboa.

Laura no puede creer lo que acaba de escuchar, le da un gran abrazo a la librera –lo cuidaré como a mi vida –le dice Laura, luego piensa nuevamente y dice–: incluso más que a mi vida.

–Debemos subir ahora –dice la anciana– no puedo dejar la librería cerrada por mucho tiempo. Las muchachas le dan infinitos agradecimientos y se despiden de la anciana con afectuosas muestra de cariño.

Las dos mujeres no se parecen en nada; estudiaron carreras muy distintas, leen autores diferentes, de música ni qué decir, lo único que comparten es la pasión que ambas tienen por Buenos Aires, por el sexo y por los li-

broS antiguos y saben que el mejor lugar para conseguir todo esto es aquí.

Luego buscan un lugar tranquilo para sentarse a charlar, hasta que llegan a la plaza Adolfo Alsina. Ahí se recuestan en el césped y cada una hojea lo que ha comprado. Permanecen toda la tarde en este tranquilo lugar leyendo y conversando.

–Mi sueño es conocer Lisboa, siempre he querido ir. Tú vives en Valparaíso; según dicen se parece mucho a Lisboa, guardando las diferencias, claro, al final Lisboa está en Europa –le comenta Laura, mientras repasa el tesoro recién adquirido.

–No creo que se parezca mucho Valparaíso a Lisboa –contesta Pilar–, pero de seguro en Lisboa hay tanta movida cultural y bohemia como en Valpo. Ambas ciudades son anfiteatros que observan el mar día y noche. A mí, en cambio, me gustaría conocer Ámsterdam, entrar a un *coffee shop* y fumar la mejor yerba del mundo, luego comer hongos alucinógenos y perderme en un parque frondoso e imaginarme que es un bosque encantado –y sigue leyendo el libro del científico loco; está encantada con el comienzo–. Algún día viajaremos a Europa juntas, tú me llevarás primero a Lisboa, nos quedaremos algunos días ahí recorriendo distintos lugares de la ciudad y luego me acompañarás a Ámsterdam.

–Me parece genial, así será entonces, pero primero Lisboa, luego viajaremos donde tú desees. El resto de Europa me da igual, para mí lo primordial es conocer la fascinante ciudad de Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Alberto Caeiro, de Bernardo Soares, etc.

A los pocos días, las dos chilenas regresan a Santiago en el mismo vuelo. La anciana librera murió a las pocas semanas. Todos los libros de aquella vieja librería que-

daron en manos de unos cuantos directivos del ayuntamiento de Buenos Aires; nunca llegaron a exponerse en ningún museo.